CAPITULO IX

LA MUERTE ES TRANSITO PARA ENTRAR EN LA FELICIDAD ETERNA

Las virtudes y toda buena obra son tesoros para comprar cielo y las almas que los adquieren suspiran por conseguir la gloria eterna.

Escuchando de los labios del dicho ermitaño los encantos y alegrías de la muerte, me atreví a decirle: «¿Por qué, si la muerte es un bien tan grande y lleva a la felicidad, todos se estremecen y sienten miedo de ese momento»

«No todos -me dijo-, sino aquellos que no aman o meditan, ni llevan por guía la fe viva, es decir, la fe acompañada del esfuerzo para practicar las virtudes, la fe que impulsa a llevar vida cristiana, vida interior y espiritual; la fe que se humilla ante Dios y con amor le llama *Padre;* esa fe tiene la virtud y hace el milagro de poner gozo en donde los demás sienten tristeza; porque tal fe, cual sapientísima maestra y cariñosa madre, enseña que ese momento es preciosísimo.»

«¿Cómo, con tales enseñanzas, no he de sentir alegría pensando en la muerte, si el recuerdo de su llegada pone pensamientos y esperanzas de luz, y agranda los ensueños de la ya próxima realidad de

vivir en la sobrenatural ilusión del cielo, y ver la esencia de Dios y con ella tomar posesión del Sumo Bien y ser transformado en luz inmortal de bienaventuranza?»

Esto, que con toda atención le escuché, procuré grabarlo muy diligentemente en mi memoria.

Pienso yo ahora que la fe y la esperanza me enseñan a ver con hermosísima claridad, no ya los Campos Elíseos, que fantaseaban y describían los poetas paganos, sin la luz de la verdad, ni tan sólo una inmortalidad con gozo natural sin la resurrección de los cuerpos, aunque en compañías de personas sabias y buenas, como ponía Platón en los labios de Sócrates o razona Cicerón en sus *Tusculanas.* Mi fe cristiana me enseña con certeza que la muerte es para el bueno la entrada en la felicidad gloriosa e inmortal para ser feliz para siempre. Sé, por la misma fe, que, tras la muerte, Dios comunica al alma totalmente limpia la visión de su esencia, que es la gracia sobre toda gracia y que con nada puede merecerse, *en la cual visión consiste la vida eterna* (I), y Dios da no un bien, sino *el bien que es el último fin, es el bien perfecto y sacia en gozo todo deseo* (2).

No debo sentir tristeza en pensar que llega esa hora, sino sumo júbilo sabiendo que, como dice Santo Tomás, *por la muerte se entra en la bienaventuranza, la cual consiste en el sumo bien del hombre, porque es la consecución o posesión y la fruición gozosa e ilimitada del Sumo Bien,* y por esa puerta

entra en la *bienaventuranza, cuya esencia es la unión o adhesión misma del hombre con el Bien increado, el cual es el último fin, la bienaventuranza, o sea la más suprema y alta operación de la más noble facultad del objeto más soberano, como es el Bien Divino* (3), y tras de la muerte, el alma entra *en la bienaventuranza, que, como dijo San Agustín, es el gozo de toda verdad, porque se ha de tener presente que este mismo gozo es la bienaventuranza perfecta* (4).

Esa es la hora tan esperada, en la cual quiere el Señor premiar con regalo inefable y enriquecer con lo infinito de sus misericordias y lo inmenso de sus tesoros a las almas que vivieron con ansia de El, le buscaron y le amaron. Las adormece un instante con el sueño de la muerte, y despierta a las limpias de corazón en su palacio del cielo; cuando abran sus ojos, la luz inextinguible iluminará sus pupilas y se encontrarán ante la infinita belleza del Rostro Divino, en los brazos del Padre de infinita ternura, viviendo la vida nueva, llenas de sabiduría, de hermosura y perfecto amor.

Pensando en el alborear de esta luz increada del rostro de Dios, que todo lo embellece y viste de felicidad y hermosura, ponía el ardiente corazón de Raimundo Lulio en los labios de sus personajes estas reflexiones de esperanza y de rebosante gozo: «Amigo -dijo el ermitaño-, es cosa tan gustosa el conocer y amar a Dios, que todos aquellos que verdaderamente saben conocerle y amarle desean verle

y gozarle eternamente, y por ello menosprecian las vanidades de este mundo poco durable. Por esto yo no he tenido miedo a la muerte, antes deseo morir para estar con Dios» (5).

Inundado de alegría en el gozo de esta firme y consoladora verdad, al ver San Carlos Borromeo la estatua de la muerte con una guadaña en la mano, como suelen ponerla los hombres de poca fe, manda que quiten la guadaña y se ponga en su lugar una llave de oro, porque la muerte es ella misma, la llave de oro que abre las puertas del cielo y da paso a la luz inmarcesible de la eternidad ya la presencia de Dios en visión beatífica y con ella a la felicidad sin término y siempre nueva (6).

San Flaviano de Cartago se había dedicado a la enseñanza durante su vida, y condenado a muerte por ser cristiano, acudieron sus discípulos paganos para ver si pudieran libertarle de la muerte. Indicábanle renunciase a ser cristiano y de ese modo no padecería el martirio y se vería además honrado por los que gobernaban, más él les decía: «Aun cuando nos matan, vivimos. No somos vencidos, sino vencedores de la muerte. Y vosotros, si queréis llegar al conocimiento de la verdad, debéis hacer os cristianos.»

Por la muerte se entra y llega a la posesión y goce de la verdad y del bien sumo, infundidos por el mismo Dios en el alma; la sabiduría y la bienandanza serán su vestido. Desde aquel momento cumple el Señor en el alma acrisolada su palabra: *Yo seré tu*

galardón soberano (7). Esa es la hora feliz de la glorificación sobrenatural, cuando el Señor llenará de su misericordia y de Sí mismo a las almas que no tengan impedimento de pecado o reato alguno. Entonces, en ese instante mismo, terminada la prueba de la tierra, encontrados fieles en el examen de amor los humildes y cargados de virtudes, llenos instantáneamente de lo que nunca habían podido no ya comprender, pero ni aún tener idea aproximada, empiezan a recibir la vida de Dios ya vivir su misma vida, de su misma felicidad y de su misma hermosura.

La intensidad con que el Señor comunica estas perfecciones está en proporción de la capacidad de recibir que el alma tenga, y ella misma labró y adquirió esta capacidad con las virtudes y el amor de Dios que ejercitó y con los deseos que vivió y el ofrecimiento que de sí misma le hizo. Para siempre se verá ya llena de felicidad y en la fuente de un bien que no puede concebirse mayor. A tanta dicha conduce la muerte.

(I) Santo Tomás de Aquino, *Surnrna,* III, Q. 59, 5.

(2) Santo Tomás de Aquino, *Surnrna,* I-II, ae. Q. 2, a. 7.

(3) Santo Tomás de Aquino, *Summa,* I-II ae, Q. III, toda.

(4) Id., id., a. 4.

(5) Raimundo Lurio, *Félix o Maravillas del Mundo,* lib. I, cap. I.

(6) *Año Cristiano,* 4 de noviembre.

(7) *Génesis,* XX. 1.

CAPITULO X

LA ESPERANZA DEL CIELO HACE DESEABLE EL MOMENTO DE IR A DIOS

Muy hermosa es la muerte de los justos delante del Señor, cantaba el profeta David (I). Y Santa Teresa de Jesús, llena de confiada esperanza, repetía momentos antes de su muerte el salmo: *Eternamente estaré cantando las misericordias del Señor* (2). Como diciendo : desde este momento se acabaron ya las angustias y las tristezas las incomprensiones y las ignorancias, las estrecheces y las preocupaciones, y para siempre huye el temor y la inseguridad. Todo me lo convertirá la misericordia del Señor en luz y vida, en gozo y felicidad, en armonía y júbilo con los bienaventurados y en su seno. Porque en el momento de haber entrado el alma, a continuación de la muerte, en la hermosura de Dios, la llenará de Sí mismo en insondable sabiduría y altísimo deleite de amor, y la dará capacidad, con la luz de la gloria, para ver su esencia y sus atributos o perfecciones altísimas e infinitas y en Dios verá clarisímamente los seres y los mundos creados y muchos creables que nunca tendrán existencia.

Aún ahora mi espíritu se llena de alegría al pensar que si amo a Dios, obedezco sus mandamientos y

cumplo su voluntad, mi alma, al separarse del cuerpo -terminada la purificación si aún no estuviera limpia-, recibirá del Señor su luz, lo que llamamos *la luz de la gloria,* y con ella, una capacidad tan alta, tan clara, tan profunda e iluminadora, que veré la verdad y el amor en sí mismos, que es ver a Dios. También esto me lo enseña con toda certeza la fe, y repito en las palabras del Salmo: *en tu luz veremos la luz* (3). La claridad que eternamente brota del rostro de Dios y tantas veces le había suplicado el alma se la concediese, va a envolverla en el mismo instante de la muerte, si no tiene impedimento de pecado, ya convertirla toda en luz. El alma era ya luz por la gracia y el divino amor, pero el velo del cuerpo se lo ocultaba. Era luz, porque el alma, para entrar en el reino de la pureza, necesita ser pura; para entrar en la posesión de la bondad necesita ser buena; para ser convertida en luz necesita haberla vivido.

Esta es la ganancia y el inmenso tesoro adquirido Con la gracia, el amor de Dios y las virtudes. Va a entrar desde el momento de la muerte en la dicha sin fin y sin límites. Ya puede soñar lo que va a recibir: Dios será suyo y ella de Dios y recibirá participación de las perfecciones divinas. Al separarse del cuerpo, que la impedía ver, aparecerá la grandiosa luminaria celeste.

Si las maravillas sobrenaturales que hay en el alma mientras aún vive en la tierra causan una admiración inexplicable cuando el Señor con su luz espe-

cial las hace ver a alguno de sus amigos, los santos, y ellos cuando pretenden darlas a entender a los demás, después de servirse de comparaciones y de cuantos medios puedan usar, dicen que todo se les queda por decir, porque no cabe lo que han visto en el lenguaje de los mortales, ¿qué maravillas y grandezas no se podrán discurrir y soñar de las perfecciones de *Dios* ? ¿Qué no se verá en Dios?

Alma mía, repite tú las palabras de San Agustín: *Mostrásteme, Señor, que viese que había que ver.* Que es decir: que supiese lo infinito de las perfecciones de Dios y de sus atributos, que serán la sabiduría perpetua, la eterna fruición y nunca llegarán a comprenderse del todo y siempre estarán produciendo renovado gozo y felicidad.

Recordando esta belleza, nos explicamos el deseo y la prisa que tenían las almas enamoradas y ofrecidas a Dios de que llegase el momento de verle y de entrar en su gloria y la alegría que las inundaba la proximidad.

Ya moribundo en el Palacio Real de Viena, preguntaban al Padre Domingo de Jesús María qué sentía en aquellos momentos, y contestó con el fuego de amor divino que le había quemado toda la vida: *Voy a ver a Dios; voy a ver a su Santísima Madre. Muero felizmente. Iré, iré, veré, veré. Sea Dios eternamente glorificado* (4).

Pensar que en seguida vería a Dios sacaba fuera de sí misma a la Carmelita Juana Bautista de

Granada, en la hora de su muerte. Ya durante su vida sus ansias eran tan vehementes que con frecuencia repetía: *Yo no puedo vivir sin Dios. ¡Qué vida esta tan intolerable! ¡Qué pena este vivir tan terrible!*

Pero viéndola sumamente gozosa en su última hora, la preguntó su hermano, también sacerdote carmelita, cómo se encontraba, y le respondió toda apasionada y animosa: N*o tengo sino mucho gozo, porque presto espero ver a Dios,* y entonó el *Te Deum* para dar gracias al Señor de que ya se llegaba la hora tan deseada. Advirtiéndola cariñosamente su hermano que la diría misas para que estuviera poco tiempo en el purgatorio, le contestó con la más confiada espontaneidad: No *se canse, Padre, porque me será imposible pasar un instante sin ver a Dios* (5).

No se apartaban de mi memoria las luminosas verdades que el ermitaño me había enseñado y dejaba yo volar gozosamente mis potencias para mejor comprenderlas y grabarlas. Esto mismo puso en mi nuevo deseo de saber y dirigí, confiado, otras preguntas sobre nuestra vida posterior a la muerte.

El ermitaño respondió como iluminado a mis preguntas sobre lo que veremos y seremos en la vida de Dios, ya en la gloria y quiero recordarlo para bien de todos, pues sé que se animarán sabiéndolo.

Ya perfectamente limpia el alma -dijo con la mayor dulzura-, estará desde ese instante rebosando siempre dicha del mismo Dios, sin contaminación ni polvo de tierra. Estará siempre cantando y alabando

a Dios con nuevo y altísimo conocimiento y no menor deleite, pues a pesar de lo muchísimo que conozca y goce mi alma de Dios, siempre estará recibiendo nuevo conocimiento y más clara luz ya que de la criatura, aun la más sublime y maravillosamente dotada, hasta la realidad infinita de Dios, siempre habrá infinita distancia.

Verá el alma a Dios y la que más le vea, más verá lo que la queda por conocer. «Una de las grandes mercedes, dice San Juan de la Cruz, que en esta vida hace Dios a un alma por vía de paso es darle claramente a entender y sentir tan altamente a Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo: porque es en alguna manera al modo de los que ven en el cielo, donde los que más le conocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender» (6).

Por esto, aunque las almas bienaventuradas ven en la esencia divina según su capacidad de conocer y lo ven con mayor perfección y claridad de la *que tienen en* si mismas, y con mayor precisión en detalle y en conjunto, y las causas y la relación mutua de los seres, estarán eternamente viendo maravillosas novedades del universo y de los seres creados y creables siempre con reno.. vado deleite y nueva alegría.

Ahora es ímprobo el trabajo y sacrificio que cuesta adquirir la poquísima ciencia que se puede llegar a tener, y siempre de lo externo y accidental, sin que se pueda llegar al conocimiento íntimo de las esencias;

sólo unos cuantos pueden llegar a adquirir esa poquísima ciencia, y mas que con certeza, con probabilidad, sujeta a cambios y correcciones.

Desde el momento en que entre mi alma en la gloria de Dios y reciba misericordiosamente su luz, veré no ya con microscopio y telescopio ni con otros instrumentos más perfectos si el universo actual tiene de diámetro veinte mil millones de años de luz, como decía Einstein, o doscientos mil millones como enseñaba Huble, y dentro de unos años, la ciencia, corrigiendo a los que creían saber tanto, diga que tiene no doscientos, sino cuatrocientos mil millones de años de luz, para quedarse, al fin, sin saber nada con certeza, sino que veré en la esencia divina y conoceré en el mismo Dios con toda certeza, no solamente las dimensiones de este mundo, sino también la esencia de los seres criados, materiales o espirituales, y veré otros mundos que Dios no creará nunca, y puede crear o que creará en lo futuro. Y veré que la omnipotencia de Dios es tan sobre todo conocimiento que podría estar creando cada segundo y siempre no ya un universo como éste, sino universos mucho mejores que en nada se parecieran a éste, y que todo está actualmente en Dios con la misma perfección que si lo hubiera creado. Veré en un instante que todo lo que llamábamos geniales inventos es pura ignorancia ante lo que allí se conoce con plenitud.

Dicen que el mundo ha sido creado para el hom-

bre y que el hombre es rey de la creación o al menos de la tierra. Yo, en: mi soledad y bajo la mirada de Dios, me complazco en meditarlo, pero lo veo de muy distinto modo.

El hombre no conoce más que un rinconcito muy diminuto de la tierra y lo conoce muy imperfectamente. Aquí gozo de la contemplación de esta naturaleza virgen y bravía y de estos hermosísimos cielos inmensamente dilatados en noches apaciblemente serenas como no pueden gozar los que viven en las ciudades entre el bullicio e inquietud de la sociedad. Pero ¿qué sé yo de los secretos ni de las leyes de esta naturaleza que me rodea? ¿Qué sé yo de la maravilla de la vida de esta vegetación tan variada como hermosa ni del origen, formación y millares de millones de años de existencia de esta roca en que me siento?

¿Y cómo puedo saber ni aun imaginar en estas noches hermosísimas de admiración y alabanza a Dios, la inmensidad del volumen de los astros y de las nebulosas de que nos habla la ciencia moderna en sus descubrimientos, ni el incalculable número y magnitud y brillo de los soles y estrellas de las galaxias conocidas, cada vez más numerosas, ni de las incomprensibles distancias espaciales, ni de la naturaleza y propiedades de estos mismos astros que vemos brillar tan esplendorosa y continuamente y girar entre sí sobre nosotros tan armónicamente ya velocidades inconcebibles?

Y aún podemos conocer menos los seres que en ellos viven y las perfecciones de que están dotados ni la santidad que hayan adquirido las personas racionales que en ellos habiten.

Gozo yo, no obstante, en pensar aquí y dar gracias a Dios, porque el universo todo, no sólo la tierra, sino los astros y todos los soles de las galaxias y supergalaxias han sido hechos para el hombre como todas las criaturas y el mismo cielo; no para que los posea ni aun conozca mientras vive esta sombra de vida en este momento de momento que está sobre la tierra, aunque dure algunos años, sino para después de terminar esta vida y pasada la puerta de la muerte, empiece *aquella vida de arriba,* que es la vida verdadera, cuando empiece a vivir la vida gloriosa en Dios para siempre lleno de la ciencia infundida por Dios con su visión beatífica y lleno de amor de Dios rebosando dicha y felicidad.

Entonces tomará el hombre posesión del mundo y conocerá perfectamente sus maravillas desde su origen y en toda su evolución y lo conocerá perfectamente sin trabajo ni fatiga, sino en gozo y en alabanza a Dios sin cesar y sin decrecer. Porque todo lo recibe de Dios, lo ve en Dios y lo posee y lo domina y disfruta en Dios, como le ven y gozan los ángeles y unido a su alabanza ya su felicidad.

¡Oh alma mía! Goza soñando en esas altísimas y nunca imaginadas realidades, que te están esperando para el momento en que, cerrados los ojos de tu cuer-

po -ahora miopes en demasía-, entres en el gozo inefable de Dios. Entonces, cuando hayas sido levantada a la luz de la gloria que Dios te dará, verás directamente, alma mía, en Dios y con toda perfección, todas las cosas y todos los secretos y propiedades de las cosas y todas las altísimas maravillas de los seres espirituales y angélicos; los verás en la misma esencia divina y en sí mismos, pero mucho más perfectamente que en sí mismos, en Dios. En el mismo Dios verás con gozo incomprensible de felicidad la infinita verdad y amor, y las perfecciones y hermosura de su esencia, que transportan en continuo éxtasis a las Jerarquías angélicas, y después de ver a Dios y en el mismo Dios, conocerás también íntimamente y sin oscuridades el universo en general y todas sus partes y todas las criaturas individuales en particular en su misma esencia y en todas sus leyes y propiedades.

Dios ha criado el mundo para los ángeles y para el hombre y para ti, alma mía; pero no para esta vida del destierro, sino para después de la muerte en la vida gloriosa que han de tener los que amaron a Dios y murieron en su gracia; y lo poseerán en proporción de las virtudes y del amor que aquí tuvieron.

El alma gloriosa conocerá y poseerá el mundo inmenso de los astros y el mundo microscópico de los infusorios; el mundo corpóreo y el mundo espiritual; y lo conocerá y poseerá en la mayor paz y gozo y en la compañía de los bienaventurados y de los mismos ángeles. No verá un mundo lejano como

ahora, ni con discordia o envidia de los demás, sino un mundo presente. Lo poseerá y conocerá no un solo momento y en el exterior, sino para siempre y en su misma esencia. Gozará el alma y alabará a Dios en su sabiduría y se gozará de que aquí le amó. El universo ha sido creado para el hombre glorioso en la eternidad.

Y sobre el mundo material, conoceré el espiritual. Que si un alma encierra mayor maravilla que todo el universo, ¿qué será ver tantas almas santas y tantos ángeles y serafines? ¿Y cómo será el alma purísima de la Virgen Madre de Dios y el centro de toda la creación y que vale inmensamente más que todo lo demás, cual es el alma creada de Jesucristo y el misterio de su unión al Verbo?.

Pues del alma de Jesucristo, tan riquísimamente dotada y unida a la Persona divina por misterio tan admirable, hasta lo infinito de Dios en todas sus perfecciones, hay distancia infinita, porque con todo lo admirable que en sí encierra, es creada y finita y Dios es infinito, infinito, infinito.

El medio de penetrar en tan sublimes misterios es la muerte.

Esta subida ciencia no impedirá que conozcamos nuestro mundo y los seres queridos que aquí teníamos o que dejemos de protegerlos, antes bien se entenderá todo mucho más perfectamente y se prestara mas segura protección; porque en la esencia divina se ven todas las cosas que tienen relación con

el bienaventurado, las que pertenecen al estado en que vivió, los efectos de sus obras y la satisfacción de su deseos, el conocimiento de las personas con él relacionadas o de la familia. Todos son efectos justos y santos; en todos se da gloria a Dios y la recibe el alma en el cielo, y como dice Santo Tomás, «la última bienaventuranza debe colmar todos los deseos legítimos, honestos y santos» (7), y esto es lo que Dios hará con creces no soñadas. Ni un solo deseo pasará por mi mente que no sea satisfecho.

Desde el mismo instante de la muerte, si no hay obstáculo por mi parte, el Señor me introduce en su luz y su gloria; en ella veré todo y eternamente estará mi alma en la bienaventuranza, conociendo insondables misterios y verdades de Dios, de los cuales nada sabía la ciencia sagrada de los hombres, y siempre estaré conociendo más sublimes y más fascinantes novedades. Porque, por mucho que se dilate y aumente la capacidad humana, nunca acabará de recibir noticias de los abismos insondables de sabiduría y bondad de Dios; y todo lo conocerá con descanso y gozo inefables.

Mi alma en aquella novedad y sorprendente extrañeza (8) sumará su gozo y alabanza al cántico de adoración de todos los coros de los ángeles y bienaventurados, de la Virgen sin mancilla y del mismo Jesucristo. No tienen allí cabida ni la envidia ni la desconfianza. Todos cantaremos el cántico nuevo de divina y deleitosa armonía en la unidad del amor.

Uno de los consuelos que inunda aquí mi espíritu es considerar que en la gloria todos veremos el amor que cada uno de los bienaventurados tiene a Dios, lo equitativamente que lo tiene según la intensidad con que amó en la tierra al Señor y las virtudes que practicó, y veremos el cariño tan íntimo que los bienaventurados se tienen entre sí, pues el cielo es la exaltación de la caridad. Allí ya no es posible el engaño; todo es verdad y gozo, todo es luz y transparencia.

Veremos los encumbrados soles de los Angeles supremos, la maravillosa gloria y honor de la humildísima María y la gloria incomparable sobre todas las demás del alma de Nuestro Señor Jesucristo. Todos ofreceremos a Dios como propios la alabanza, el gozo y la felicidad de los demás. Todos nos gozaremos en las grandezas de todos. *Eternamente cantaré las misericordias del Señor.* Gózate, pues, alma mía, viendo que todos los bienaventurados verán mi amor hacia ellos en Dios y yo veré el amor de cada uno hacia mí, siempre en la hoguera de caridad, que es el Señor. Gózate y esfuérzate ahora por amar a Dios con todas tus fuerzas, y ser sumamente limpia y fiel y abrazarte con todas las virtudes, porque esto será allí el preciosísimo tesoro.

El recuerdo de esa luz de gloria que enseña la fe daba heroísmo a los mártires para abrazar alegres y determinados todos los tormentos, dolores y afrentas que sufrieron en testimonio de su amor a Dios, con

ansia de predicarle con su cuerpo y de ir a gozar el paraíso.

San Ignacio, mártir, hablará a las fieras animándolas a que le despedacen pronto y deshagan su cuerpo para que su alma vuele rauda a gozar de Dios. San Vicente de Húesca, deseoso de ganar más para el cielo y mostrar su amor al Señor, anima valeroso a sus verdugos durante su martirio, diciéndoles que aumenten su fiereza, y llama tranquilo y alegre a la muerte. El joven San Pancracio, mientras oye el rugido de los leones que le despedazarán, va contando con regocijo las horas que le faltan para entrar en el cielo.

El recuerdo del Señor y de su gloria comunicó a tantos confesores y a tantas vírgenes la ciencia de, ofrecerse al Señor en vida penitente y en retiro admirable, no cuidando de vivir mucho sobre la tierra, sino de vivir muy santamente y ser en todo del Señor y estar con El mientras se llegaba la hora de partir. y cuando más tenían que ofrecer, más gozo sentían en poder ofrecer más. Dejaban el dulce amor de la familia y los bienes de fortuna; dejaban las amistades y el mundo y ofrecían las cualidades personales en obsequio agradable del Creador: la hermosura de su cuerpo, el brillo de su inteligencia, los afectos de su corazón, y se gozaban en repetir: *Soy sólo de Dios y todo para Dios.* Se ofrecieron en el pasado y continúan ofreciéndose almas selectísimas, lo mejor de todos los estados de la sociedad.

Inmensidad de bienes materiales y una posición social e influencia sobre todos los de su tiempo dejaba San Arsenio para encerrarse en el Desierto, y allí encontró una vida de cielo. San Félix de

Valois se marcha a la soledad, y para que no puedan llamarle al trono de Francia, que podía corresponderle, se ordena de sacerdote y fue heraldo de Cristo, fundando la Orden de la Santísima Trinidad.

Mujeres de grandísima fortuna, de belleza y atractivo, se encierran en el claustro, en plena juventud, para toda su vida y se abrazan con la Cruz y están ofrecidas a Dios, gozándose de haberle podido dar tanto. Decían a la joven que se llamaría en el Carmelo de Sevilla María de la Concepción del Nacimiento, cómo siendo tan guapa y teniendo tan brillantes cualidades se encerraba y sepultaba en un claustro y sonreía ella pensando que si más tuviera más desearía ofrecer al Señor, y en cierto modo quisiera tener infinitas cualidades buenas para darlas todas a su Dios, porque todo es nada para lo que quisiera dar el alma enamorada y para lo que Dios merece.

El mártir se ofrece a la muerte inmediata por Dios, y las almas apartadas del mundo y consagradas al Señor en retiro se ofrecen a muerte lenta y continua de todo lo mundano, para vivir en Dios hasta que El venga a buscarlas. El alma consagrada en la soledad y recogimiento se siembra en el mismo Dios, y como se entierra la semilla y allí tapada y con humedad se descompone y transforma hasta germi-

nar y brotar en verde planta y ser blancura de azucena, aroma de violeta o fuego de rosa, así nace el alma en Dios, en oscuridad y silencio, para ser pureza de cielo, perfume de vida inmortal y amor llameante.

El deseo de la gloria enseña lo mismo al mártir que a cuantos se consagran a Dios en retiro y soledad, el cántico maravilloso de la donación perfecta. La fe viva mostró a los pasados, y muestra a los presentes, la sin igual hermosura del cielo, el infinito gozo de Dios, y les pone ansia y prisa por llegar al dintel de la muerte. Porque el amor no conoce esperas ni tardanzas.

El amor aviva la esperanza y la hace en todo confiada. La esperanza confiada envuelve en luces de dicha y de alegría el presentimiento y la proximidad de la muerte. ¡Ya se ve acercar el momento del abrazo con Dios! ¡Ya está alboreando la ansiada visión de Dios infinito en todo bien y en luz inextinguible de bienandanza eterna!

Más sienten estos gozos las almas más retiradas y que dejaron y ofrecieron más y se inmolaron mejor a sí mismas en delicada y continua vida interior y presencia y compañía de Dios.

Nunca puedo olvidar la impresión tan delicada, tan íntima, tan cercana al inexplicable sentimiento que tendremos en el cielo, que se produjo en mi alma cuando en un convento santo de hijas de Santa Teresa, que habían dejado mucho en el mundo, y tenían magníficas prendas personales, y vivían con

intimidad grande con Dios, me cantaron con voz y calor de ángeles el gozo que sentían en la vida escogida de estar a solas con Dios, en las ansias de ver pronto a Dios y que estaban como muriendo en esos deseos. Porque decían :

¡Aquí se vive muriendo!
¡Aquí se muere cantando! ...
¡Ya está el cielo abierto! ...
¿Ya se abre la puerta?
¡Tú llegas allí!...

(1) *Salmo* 115.
(2) *Salmo* 87. 2.
(3) *Salmo* 35. 10.
(4) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo I, día 16 de febrero.
(5) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo III, día 6 de noviembre.
(6) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* capítulos VII y XIV.
(7) *Suma Teológica bilingüe de la B. A.* C. Introducción por el P. Santiago Muñiz, O. P. Tomo I.
(8) « Y no es maravilla que sea Dios extraño a los hombres que no le han visto, pues también lo es a los santos ángeles y almas que le ven; pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y hasta el último día del Juicio van viendo en El tantas novedades según sus profundos juicios acerca de las obras de misericordia y de justicia que siempre les hace novedad y siempre maravillan más.» (San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* caps. X, XIV .)

CAPITULO XI

ALEGRIA DEL JUSTO AL APROXIMARSE LA HORA DE IR A DIOS

¡Qué dulce es, oh muerte, tu memoria para el alma que sueña en la luz y vuela a regiones de inmortalidad! ¡Cuándo viviré en la sabiduría y me envolverá la claridad eterna, y me abrasará la llama del amor que sueño! Salta mi corazón de gozo pensando cuándo haré mi entrada en el día del resplandor perpetuo, donde no se conoce la noche y siempre brilla la alborada.

Tanto mayor son el gozo y el deleite que inundan al alma justa, cuanto más crecido es el amor a Dios y ve más próximo el momento de emprender el vuelo en alas de la muerte, guiada por los ángeles, a las moradas del Señor. ¡Oh día venturoso! Mi corazón suspira por ti y te llama. ¿Cuándo entrarás por mi puerta y cuándo respiraré tus auras de inmortalidad?

Dios, en su bondad, me ha enseñado por la fe que la muerte no aniquila ni hunde en el vacío de la nada. Esas negras y erróneas doctrinas de aniquilación son propias de los paganos y de los paganizados, de los descreídos y ciegos con incurable ceguera de racionalismo materialista, adonde los arrastró la apostasía y la soberbia. Mi fe de cristiano me enseña que la

muerte me visita para transformarme, para iluminarme, para sobrenaturalizar y vestir de gloriosa inmortalidad mi alma si he vivido amando a Dios y ejercitando actos y obras espirituales.

La muerte viene para llevarme a la misma morada de Dios y recoger allí en felicidad el fruto sembrado aquí en trabajo; para subirme al cielo a vivir la luz y la bienaventuranza de Dios, en compañía de todos cuantos le amaron y obedecieron en la tierra. Seremos levantados todos mucho más alto ya mayor claridad y gloria de la que soñamos ; a la ciencia y sabiduría del amor increado. Alma mía, bate tus alas y gózate de la próxima vida eterna.

Ni ha de ser causa bastante para impedirme este gozo la sombra de tristeza que pudiera infundirme el temor natural de la muerte, por ser, como queda ya dicho, castigo puesto por Dios a la naturaleza, o la incertidumbre y miedo de que pudiera no llegar a ver a Dios, o el juicio que sigue a la muerte, o el purgatorio que lava las faltas veniales.

Viendo yo la serenidad del rostro del eremita santo, en la visita que le hice, me atreví a preguntarle: «¿Cómo es su vida en esta soledad? ¿No tiene preocupación y miedo a la muerte?» ¡Cuán llenas de luz y de ánimo fueron las palabras que salieron de sus labios! Ni una sola se borró de mi memoria. Vi juntas y abrazadas en él la dulzura y el sosiego: «Mi soledad -me dijo-es mi cielo. Todo me lo llena Dios, y yo cierro, a ratos, estos ojos del cuerpo, y me olvi-

do de esta vegetación que me rodea para gozar más a Dios en el centro de mi alma; en este silencio de todo, se le oye mejor. Aquí vivo a Dios, y Dios pone en mí su cielo. Es alegría de alma, no de sentidos, la que inunda mi espíritu, ya veces inunda también los sentidos. Dios está aquí, y donde está Dios no puede faltar la felicidad ni envidiarse cosa alguna, sino desear venga la muerte a romper el lazo que aún me ata a la tierra y me lleve a la gloria.»

«Hablan del miedo a la muerte. ¿Cómo he de tenerla miedo aquí? Abierto la tengo esta puertecilla; siempre la estoy esperando y la llamo. ¡Qué gozo me dará oír sus pasos! Es la claridad de la aurora que precede al sol; son los pasos que me anuncian que ya voy a ver a Dios. ¡Hace tanto que le espero!, ¡le tengo tan metido en mi alma! »

«Ahí sentado sobre esa piedra, para ver mejor, sin el estorbo de los árboles, lo hermoso del firmamento, he pasado noches enteras mirando la obra de Dios. He hundido mi mente en lo inmenso del universo, más allá de a donde llegan los aparatos y las matemáticas de los astrónomos, y si de mis lecturas recordaba que la tierra metida en el sol sería como una pequeña semilla metida en la pulpa del melocotón, así el sol, metido en astros inmensos e incontables, era aún más pequeño, en proporción, que la pequeña semilla metida en el melocotón.»

«Y todos los astros inmensos, brillantísimos en cantidad hablan los astrónomos de trillones, ¿y qué

saben los astrónomos ni de la vigésima parte?), y con los astros, todos los hombres, los ángeles, todos los seres que han sido, son y serán, comparados con Dios son nada. y veía al hombre, que tanto presume, menos que un microbio, ante el Creador.»

«Y cerrando los ojos de nuevo veía a Dios, al mismo Dios, inmenso, omnipotente, creador de todo, simplicísimo e infinito dentro de mí y para mí. ¡Oh noches serenas, en las cuales leía la obra del Creador! ¡Cómo encendíais mi espíritu! ¡Cuántas lágrimas de amor me habéis hecho derramar! Lágrimas que no cambiaría por nada de lo criado. Unas veces en silencio, otras dejando sonar mi voz en la soledad, o mezclándola en los amaneceres con la melodiosa del ruiseñor y la pastosa y llena de la oropéndola, me unía a la creación entera cantando al Hacedor. y las alabanzas de la Virgen y del mismo Jesús las hacía mías y míos sus amores para ofrecerlos al Señor. Porque con los ojos cerrados me veía como rodeado de los ángeles y de los bienaventurados todos, mis íntimos; con ellos he pasado y paso mi vida, y parece que siempre me dicen: Mira lo infinito de nuestro Dios: ¿cómo podrás soñar la gloria suya y nuestra gloria en El? Angeles, mis queridos Bienaventurados, bien oigo y muy dulcemente resuena en mi alma vuestra invitación.»

«¿Cómo he de tener miedo a la muerte, si lo que hago es quererla y llamarla? Cuentan de San Hilarión que su naturaleza se resistía a salir de este mundo, y

se animaba diciéndose a sí mismo: Has vivido casi setenta años del todo consagrado a Dios, ¿qué temes? ¿No vas a ver al Señor, a quien has amado y por quien todo lo dejaste? Muchos favores y muy especiales había recibido el santo en su soledad, y muchas bellezas del cielo había visto y gustado para resistirse a morir. Más bien creo que desearía con ansia, como casi todas las almas consagradas de verdad a Dios y desprendidas de todo, volar pronto a su Dios y llamaría a la muerte. ¿A qué podía tener apego el que lo dejó todo por vivir en Dios y para Dios, el que siempre estuvo totalmente des asido de bienes y de personas para que sólo el Señor ocupara todo su corazón? ¿Cómo no desearía cambiar la soledad, con tanto esmero buscada, por los brazos amorosísimos del Padre que en esa hora le llamaba?»

«Ni quiero con esto decir se esté siempre libre, durante la vida, del temor de la muerte. Permite el Señor que a veces acongoje el temor de condenarse para prueba del alma y su mayor ganancia. y aún puede en algunos ser ese temor casi habitual, pero desaparece en los buenos al acercarse la hora de presentarse ante el Señor. San Hilarión no sufrió ese temor durante la vida, y querría el Señor probarle con él antes de su muerte, para que fuera como la última prueba, fuerte y rápida, y con el ofrecimiento especial de su vida, mereciera más y fueran sus últimos momentos de mayor gozo y más alegre aspiración. Porque eso hizo el santo: aceptar la muerte y ofre-

cerse a Dios venciendo la tentación con generoso espíritu y muriendo gozoso en las manos del Señor. Porque ¿a quién buscó el santo en el desierto sino a Dios?».

«Cuando el Señor permite que algún fiel servidor suyo sea tentado con el miedo especial a la muerte, le comunica una gracia y una confianza también grandes, con las cuales se disipan todas las incertidumbres y recupera la alegría y desea ir a la morada del Amado.»

«Esa misma particular gracia, y luz de Dios pone confianza y perfecta contribución en el alma, con las cuales desaparece el temor a perderse para siempre y extiende anhelosa los brazos de su deseo y esperanza. Así como los niños pequeños corren hacia sus padres, cuando les hacen señas llamándoles para abrazarles, así el alma corre hacia su Padre celestial, a quien siempre había querido y buscado, para cobijarse en el abismo de su ternura. A los brazos de Dios tiende y en ellos se pone, confiada, porque sabe por la fe que Dios nunca rechaza ni puede rechazar lejos de sí a quien se entregó a El.»

«Se pierden para siempre los soberbios y altaneros, porque se creen mucho no siendo nada, y no quieren ponerse en las manos de Dios. La soberbia no puede entrar ni tener su morada en el cielo ni acercarse a Dios, y se retira al horror de la separación, donde siempre vivirá en negruras y odio. Pero el humilde, reconociendo su nada e impotencia, se

entrega, confiado, al Señor para que le lleve al Paraíso.

»Cogen los padres a sus hijitos, por enfermos que estén, en sus brazos y los estrechan contra su pecho, y les dan calor y besos de amor; pues mucho más amorosamente estrecha el Señor en su pecho y clarifica con su luz al alma humilde que se pone confiada en él. Jamás, repito, arrojó ni arrojará a quien se le entrega y confía.

»El humilde tiene seguridad completa en la misericordia y bondad de Dios, a quien procuro amar y continua amando. No puede temer, porque sería desconfiar del amor de su Padre. No miraba San Juan de la Cruz sus obras para esperar su salvación, cuando estaba ya en sus últimos días, sino la misericordia del Señor y la Pasión de Jesús. y la Carmelita Madre Josefa de Jesús, que había padecido de escrúpulos durante su vida, ya moribunda, estaba tan serena y alegre, que extrañaba a las religiosas, y ella les dijo: «Yo de mi salvación no tengo cuidado, ni de muerte ni de vida que a mí me toque, porque parece que mi salvación la tengo metida en una gaveta y que allí está muy segura; porque la tengo vinculada en sólo la misericordia de Dios, los méritos de Nuestro Redentor y la intercesión de la Virgen Santísima... Me entregué al servicio de Jesús, María y José tan de veras, que estoy creída que mi salvación corre de su cuenta» (I).

«Ni el recuerdo del juicio, que sigue a la muerte,

hace perder la paz, ni ahuyenta la alegría el deseo de morir. y no es que se tenga olvidada la sentencia de David: No *quieras entrar en juicio con tu siervo; porque ningún viviente puede aparecer justo en tu presencia* (2), sino porque con corazón contrito mira la misericordia del Señor y en ella confía. Es el juicio de Dios todo precisión y exactitud, pero es juicio de Padre que viene a examinar en el amor (3) y mi alma está muy arrepentida de no haber amado cuanto ha podido o de haber faltado en las obras de amor, y en este momento me confío al amor, todo humillado, sabiendo que Dios no desprecia el corazón arrepentido» (4).

«Con muchísima frecuencia nos repite la Iglesia, en el *Oficio Divino,* la enseñanza de San Gregorio sobre el momento en que Dios llama al alma y la respuesta del alma: «Dios llama, dice el santo, cuando por las molestias de la enfermedad hace ver que ya está cercana la muerte y le abrimos prontamente si le recibimos con amor. Quien tiembla salir del cuerpo y se llena de miedo al recordar que va a presentarse ante quien despreció, no quiere abrir al Juez que ya llama. Pero el que está seguro de su esperanza y de sus obras, abre prontamente y con alegría y recibe gozoso al Juez que viene. Cuando llega el momento de la muerte próxima salta de gozo pensando en la gloria que recibirá como premio» (5).

«Nadie es digno de presentarse ante Dios, y no hay limpieza que resista a la claridad del Señor, pero

El pone su misma claridad y transforma al alma en luz.»

«Con su decir de madre, tan natural, tan ingeniosa y tan amante, daba aliento Santa Teresa de Jesús a sus Carmelitas para esta hora, recomendando vida santa y sufrida. Porque esta vida es una mala noche en una mala posada, y «será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados de quien hemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia, pues es a la de quien tanto amamos y nos ama....; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aún podrá ser comience a gozar de gloria, no verá en sí temor, sino todo paz» (6).

«Mueren los justos no sólo en la paz del Señor, sino en gozosos deseos de entrar en la posesión de la herencia de Dios. Y aunque pasajeramente permitiera el Señor que actuase la debilidad de la naturaleza, dejando sentir el miedo a la muerte, como vimos en San Hilarión y San Pedro Pascual y otras muchas almas, sus vidas habían estado llenas de deseos de cielo y su muerte fue en gran paz y ansias de Dios, con dulcísimo consuelo.»

«He visto que los aeroplanos, antes de despegar del suelo y emprender el vuelo, recorren veloces la pista tomando las curvas necesarias para ponerse en

dirección conveniente para elevarse, y en el momento antes de remontarse se paran y aumentan las revoluciones de las hélices y crece el zumbido y se estremece todo el aparato al impulso de la maniobra cual brioso caballo que tiembla e intenta encabritarse sólo detenido por las bridas, como deseando, y simultáneamente temiendo, dejar la tierra y subir a la atmósfera; pero al instante se repone, empieza de nuevo sereno y vertiginosamente su carrera y se eleva raudo del suelo a la clara luz y sube seguro sobre las nubes a cruzar la diafanidad de horizontes amplios y abiertos para dominar desde la altura la belleza y moverse en la límpida transparencia del aire. Así puede el alma estremecerse un momento al recuerdo de la muerte que llega para levantarla al cielo, pero es para hacer más conscientemente el ofrecimiento de sí misma a Dios, ponerse en su manos y entrar a ver su divina hermosura y su infinita belleza, para recibir la luz, la sabiduría, el amor y goce eterno y empezar la inmortalidad feliz y gloriosa en perfecta e inacabable dicha. Entra ya a vivir para siempre la codiciada felicidad. Sube a ver a Dios y a vivir su vida, sabiendo que ya nunca la perderá.»

«Está en nuestras manos proporcionarnos esta paz y este deseo: Quiero exponerlo con palabras de Santa Teresa, pues son más autorizadas y están escritas con elegante encanto: «Vida, dice la Santa, es vivir de manera que no se tema la muerte, ni todos los sucesos de la vida... En nuestra mano está el vivir y morir

con ella (la paz y alegría), como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas» (7).

«La había prometido el Señor «que tuviese por cierto que a todas las monjas que muriesen en estos monasterios El las ampararía así, y que no hubiera miedo de tentaciones a la hora de la muerte». «yo quedé harto consolada y recogida.» Desde a un poquito lleguéla a hablar (a la religiosa moribunda), y díjome: «Oh Madre, qué grandes cosas tengo de ver.» Así murió como un ángel.

»Y algunas que mueren después acá, he advertido que es con una quietud y sosiego, como si les diese una quietud y arrobamiento de oración» (8).

«Las almas buenas y humildes no tienen asegurada su salvación, pero tienen toda la confianza de que Dios las salvará; ni desean se prolonguen los días de su peregrinación sobre la tierra por miedo al juicio que han de pasar, pues cuanto más vivan, de más obras tendrán que dar cuenta, se ven más expuestas al peligro de la inconstancia y más se retrasa el momento de ver a Dios.

»Por otra parte, el amor, cuando es crecido, quita el recuerdo de todo lo que no es el mismo amado y sólo tiene presente la imagen y la memoria de poseer al amado, que es Dios. Ni de cielo) ni de juicio, ni de purgatorio, ni de infierno, dice la Santa, se acordaba, sino de Dios» (9).

«Si se siente alguna pena o tristeza al salir de la tierra para ir a Dios, es por falta de fe viva y confia-

da, o por no vivir tan santa y recogida en Dios, como se debiera, y por la pobre condición de este barro, que aún llevamos, que se apega a la vida, porque no sabe dónde está la verdadera vida. Ni esto ni los efectos de las amistades de acá debieran ser bastantes para quitarnos el gozo de ver aproximarse la hora de la muerte y el deseo de ir a Dios.

»La buena hija rebosa de contento por el afortunado matrimonio, que cree haber realizado en lejanas tierras, con el hombre de sus sueños y está deseando dejar la tierra de sus padres para marcharse al país remoto y unirse allí con el esposo escogido, y vivir sus ensueños y su ideal de felicidad. No la quitan su alegría ni la aminoran sus deseos de partir unas lagrimillas de tristeza al despedir a sus buenos padres, que tan bien la criaron y tanto la aman. Los deja por su marido, por la realización del ideal del corazón, por la futura felicidad que sueña para toda su vida, felicidad que pocas veces llega. Pero se ilusiona y llena de contento pensando en él y en aquel momento y marcha gozosa.

»Cierta tristeza invade al labrador curtido en su trabajo y hastiado del duro bregar con el arado, con las crudezas del tiempo, la esterilidad de la tierra y la incertidumbre de frutos poco remunerados, al despedirse de sus convecinos y compañeros de trabajo para marcharse a un lugar lejano, donde le llama un hijo que ganó cuantiosa fortuna y que le asegura la abundancia, la comodidad, el descanso y la

convivencia con personas agradables y amistades poderosas; pero se va lleno de gozo y parece tarda en llegar el momento de partir a la vida tan halagüeña como nunca soñó. Deja las bestias y el áspero trabajo para empezar vida más suave y encumbrada.

»El pobre minero que trabaja en las tristes galerías, siempre entre peligros, trabajos fuertes y en la oscuridad, salta de gozo cuando le anuncian que deje la mina y se traslade a la ciudad a vivir con fortuna heredada, sin que la despedida, siempre penosa, de los compañeros de trabajo le enturbie el contento recibido.

»Y mientras los jóvenes soldados conviven entre sí sirviendo a la patria, contraen amistades tan fuertes que no olvidan en toda la vida. Pero ¡cómo cantan y qué gozo sienten cuando les anuncian que ya quedan libres y pueden marchar a su casa a vivir con los suyos! Habían hablado y gozado con sus amigos pensando en este día de libertad y de la anhelada vuelta a los seres amados, y ahora que ya es llegado el momento, vocean y saltan de gozo y todo lo olvidan preparándose a la partida.

»¿Cómo vamos a comparar la alegría que experimenta la joven esposa que va con su marido, ni el contento del labrador libre de su trabajo, ni la satisfacción del minero al dejar la mina, ni el gozo de la licencia del soldado con la alegría que siente el alma que ama a Dios sobre todas las cosas, cuando la notifican y ve por los efectos de la enfermedad que

llega la hora de partir de la tierra para el cielo, de dejar a los hombres para ir a gozar de Dios ? Por que quien ama al Señor se olvida entonces, por una especial gracia, del infierno y del juicio y no ve nada más que a Dios que le llama para estar con El, como tanto se lo había pedido. Da el último adiós en la tierra a los seres queridos y se despide gozosa de su mismo cuerpo, esperando que pronto volverá a buscarle y entonces le hará glorioso. A todos les dice con los ojos radiantes de esperanza, por lo que inmediatamente va a recibir: «Aquí quedáis vosotros, mis amados, por un poco más de tiempo. Yo salgo ya de este destierro y me voy a la seguridad y gozo de la casa de mi Padre Celestial, ya los deseados brazos de mi Dios que me llama. Allí os espero en la alegría y en la claridad del cielo. Me inunda el gozo de que se llega el momento de ir a Dios y con El recibiré la luz y el bien celestial para siempre. Desde allí, radiante en la luz de Dios, os veré, os acompañaré y amaré. Vivid de modo que nos veamos allí.»

«No es posible tenga tanta prisa el ciego para abrir los ojos y ver como el alma por recibir la claridad sobrenatural del nuevo mundo del cielo.»

Preguntaba el Señor a su sierva Catalina de Jesús si quería ir con El, y ella respondió: «Sí, Señor». De nuevo la pregunta que cuándo quiere, y ella le dice : «En seguida, Señor, en seguida.»

«Era la pregunta que hacía al Señor, como vimos ya, Santa Catalina de Sena: *¿Por qué no ahora?*»

«Cuando moría en Córdoba, el Hermano José de la Madre de Dios, viéndole que rebosaba alegría, le preguntó el Prior la causa y él respondió: «¿Pues qué le parece, Padre ? Como Dios me quiere llevar, estoy alegre.» y murió diciendo : «Adiós, hermanos míos, que me voy al cielo» (10).

«Días antes de la partida, hermosea Dios el alma con las últimas purificaciones de la enfermedad y la pone un conocimiento más alto, por el cual ve que ante la hermosura, grandeza y sabiduría del Señor, es oscuridad y nada toda la belleza criada y toda la ciencia que pueda soñarse, y pura flaqueza y ruindad el poderío y estruendo de los grandes de la tierra y amargura los placeres apetecidos. Ella se va al Sumo Bien, al que es por esencia Bien, y en El para siempre vivirá. Desea el momento de cerrar los ojos a esta oscuridad terrenal, para abrirlos en la luz y hermosura del cielo. Ya se aplica a sí misma las palabras del Evangelista San Juan: *Porque conozco que voy a ser trasladado de la muerte a la vida*» (II).

«Esta verdad se comprueba diariamente. El 20 de octubre de 1948 moría, muy jovencita, la Hermana Ana María del Santísimo, Carmelita Descalza, del convento de Mancera de Abaio. Durante las recreaciones canta aquella Comunidad cánticos piadosos y sencillos, compuestos por las religiosas o tomados de otros poetas santos, para conservar mas viva y con mayor alegría la presencia de Dios y salir más fervorosas de aquel acto, sin perder la alegría. Entre otros,

entonan frecuentemente la poesía de Santa Teresa de Jesús a San Andrés, con una música montañesa popular de deje nostálgico, mezcla armoniosa de himno vibrante y de remembranza elegíaca, muy apta para levantar el espíritu, con añoranzas de cielo. En esa poesía repiten a coro las religiosas el verso de la Santa: *¡Qué será! ¡Qué será cuando veamos aquella soberana Majestad!*

»Y la joven religiosa, que había salido del convento a una clínica, escribía, ante lo inminente y seguro del fin, a sus hermanas religiosas, animada y contenta, una carta de despedida hasta el cielo, y las decía, refiriéndose a ese estribillo de la poesía: *Ya va a dejar de ser enigma para mí el «¡Qué será!» Voy a ver a Dios.*

»Y gozosísima se fue al encuentro de la infinita hermosura.»

* * *

Estas consoladoras ideas me decía dulcemente aquel santo ermitaño en la apacible y callada naturaleza; yo lo escuchaba encantado y sentí que en mi pecho había nacido la llama del deseo de ver a Dios, y me dije: *«Quién hay semejante a Ti, oh Señor»* (12). Oh hermosura y felicidad eterna y siempre nueva, ¿cuándo me veré en tu hermosura y me darás a beber de tu felicidad?

(1) *Año Cristiano Carmelitano»,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo III, día 28 de septiembre.

(2) *Salmo* 142, 2.

(3) San Juan de la Cruz, *Avisos,* 57.

(4) *Salmo* 50.

(5) San Gregaria Papa, *Lecciones del tercer nocturno de Confesor Pontífice.*

(6) Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección,* cap. XL.

(7) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capitulo XXVII.

(8) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XVI

(9) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, capítulo XI. *Vida,* cap, XX. *Relaciones,* V.

(10) *Año Cristiano Carmelitano,* tomo I, día 12 de marzo.

(11) San Juan, *Epístola I,* III, 4.

(12) *Salmos* 70, 19 y 88, 9.

CAPITULO XII

GOZO DEL ALMA EN LOS DESEOS DE VOLAR A DIOS

Querer a Dios sobre todas las cosas, más aún que a la propia vida, es el amor más noble y hermoso que puede vivirse y es no sólo el más conforme a razón, sino el que está en la naturaleza de todos los seres que consciente o inconscientemente le viven (I). Los ángeles, con absoluta claridad, sin temor a equivocarse y gozosos, le viven perfecto en el cielo; aman a Dios con plena conciencia y dichosamente más que a sí mismos y sienten soberano placer en vivir ese amor.

Con toda precisión expone Santo Tomás de Aquino este principio. y *La Imitación* pone admirablemente en los labios de Dios estas palabras: «y (los Santos) sobre todo más me amen a mí que a sí mismos y a todos sus merecimentos. Porque elevados sobre sí y libres de su propio amor, se pasan del todo al mío y en él descansan y se regocijan con gozo inextinguible» (2).

La voluntad que libremente escoge como lo más santo y perfecto amar a Dios sobre todas las cosas, porque El es la causa perfectísima e infinita de todo lo criado, y el Bien Sumo de donde procede todo

bien, se ofrece a sí misma, ofrece su ser y su vida en obsequio a tan soberano amor y daría gustosa por El mil vidas que tuviera.

El deseo de ver a Dios y el ansia de poseerle con seguridad y para siempre ha sido y continuará siendo la obsesión y el impulso más grande, más vehemente y dulce que sienten las almas puras, ardiendo en amor e iluminadas por una especial luz de la gracia divina durante su vida sobre la tierra..

Pudiera decirse de ellas, con un sentido más alto, lo que Homero escribe de Ulises, que menospreciaba las comodidades, bellezas y abundancia de bienes que le rodeaban en la isla de los encantamientos y se sentaba solo en el campo, lleno de nostalgia, mirando hacia su patria con el anhelo de marchar y reunirse con los suyos; o como los israelitas que oraban a Dios en su cautiverio de Babilonia con el rostro vuelto hacia Jerusalén y su templo, avivando con cánticos tristes el recuerdo de su patria. Las almas puras, iluminadas por la llama del amor de Dios y con la luz de la revelación, no pueden dejar el pensamiento del cielo, su verdadera Patria de luz y de dicha, poniendo todo su afecto y recuerdo en su Padre Celestial, de quien han de recibir la dicha y hermosura eterna.

Dios solo puede llenar los insaciables deseos del hombre de amar y de saber. El recuerdo de Dios dilata los horizontes del alma que ama, pone sabiduría de sobrenatural amor, que enseña más encumbradas perfecciones y grandezas del Padre y, por lo mismo,

aumenta la sed de ofrecerse y demostrarle con obras el amor; se adquiere o perfecciona el deseo de gustar eso inefable que enseña la fe y se recibe un conocimiento que excede al que pueden comunicar los hombres; con ese conocimiento aprende a ofrecerse toda el alma con todos sus pensamientos y afectos al Señor. Para El solo quiere su ser y sus obras y escoge estar consagrado sólo a Dios en la vida que haga, no teniendo otro ideal en sus recuerdos ni en sus aspiraciones que el Señor .

Esto es ya oración muy santa y provechosa. Santa Teresa de Jesús llamaba, como ya recordé, a las almas de oración *los siervos del amor* (3). La oración es ejercicio de divino amor, es el acto de unirse a Dios y estar recibiendo el fuego de la divina hoguera; es estar con el Señor en sus brazos, porque Dios siempre está en el centro del alma y el alma en la oración le está mirando y amando. En la oración crece y se desarrolla la llama del amor, aun cuando el alma no lo perciba ni le parezca hace apenas otra cosa que estar delante de Dios.

Como la oración es, según la misma Santa, la puerta por donde se recibe todo bien, en ella comunica el Señor los conocimientos y las noticias singulares de sus tesoros soberanos y de sus perfecciones y grandezas, con las cuales el alma ve mundos nuevos de luz sobrenatural y siente mayor sed de Dios y de verle en su inefable hermosura y de quemarse en la hoguera dichosa de su amor para hacerse una

misma cosa con la llama divina. David, ardiendo en deseos de la luz eterna, pide con frecuencia al Señor en sus Salmos *que dirija hacia él su rostro y le ilumine con su luz. Que le muestre su hermosura y con la hermosura de Dios recibirá toda seguridad* (4).

Muy bien sabe el alma que a tan alto y soberano bien no puede llegar sino después de haber vencido y superado muchas y grandes dificultades. Pero a todo se lanza y determina. Desea a Dios, porque Dios ha de ser su felicidad; busca al Señor porque de El ha de recibir todo bien. En ansia de llegar hasta el Creador, dice con San Juan de la Cruz:

Buscando mis amores
Iré por montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras
Y *pasaré los fuertes y fronteras,*

(1) Santo Tomás de Aquino, *Summa,* I, Q. 60. a. 5.
(2) La *Imitación de Cristo,* lib. III, cap. 48.
(3) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XI.
(4) *Salmos* 79, 4; 118, 135.

CAPITULO XIII

ANSIAS DE VER A DIOS EN EL CIELO Y GOZO DE ACOMPAÑARLE EN LA TIERRA

El centro del amor es el amado y siempre tiende hacia él procurando su trato y unión. Porque el alma buena ama a Dios y le ama sobre todas las cosas, busca estar con Dios y no separarse de El.

Dios es la hermosura y el bien infinitamente amable y deseable. Nada hay ni puede haber comparable a su amor. Todos los amores creados son nada comparados con el amor de Dios, de quien participan y toman los demás sus propiedades; como todas las cosas creadas son nada comparadas con el Creador de todas ellas. El alma buena, porque ama, desea a Dios y le desea sobre todas las cosas. Cuando le ha encontrado, lejos de sentir cansancio en estar con El, cuanto más le acompaña y le vive, más goza y siente deseo mayor de estar y vivir en Dios.

Como nada hay comparable al amor de Dios, nada hay que tenga semejanza con la compañía de Dios; y estamos con El en la oración, que es el acto de mirarnos en el Señor o de mirarle a El en sí mismo y estar en ejercicio de adoración.

No siempre la oración es gustosa al espíritu; muchas veces y por largo tiempo es desabrida y

pesada; pero es siempre sumamente provechosa. La oración, en estos casos, es estar en Dios, pero como quien le espera. No voy a tratar de esa oración.

Si gustan los que se aman de estar solos y a solas, Dios y el alma quieren soledad; es El por excelencia amante, y el alma enamorada, sumamente agradable a los ojos de su Dios, que la mima con amor infinito y es correspondido por el alma buena entregándose a El sin reservas.

Dios es el único que puede estar con su ser en el alma y el alma en el ser de Dios. La oración es estar a solas con Dios, recibiendo el alma secretamente los tesoros de su gracia y ofreciendo su nada; el alma entrega su pequeñez y recibe amor infinito. Decía muy bien la Hermana Mariana de los Angeles cuando estaba en la oración: *Estoy dejándome amar de Dios* (I). Enseñaba Santa Teresa de Jesús que el alma en la oración debe «hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella» (2); y San Juan de la Cruz, extendiendo esta enseñanza a todas las acciones de La vida, para convertirlas todas en oración y en amor, escribía: «Viva como si no hubiera en el mundo más que Dios y ella; para que no pueda su corazón ser detenido por cosa humana» (3). Están Dios y el alma solos y no inactivos, sino amándose ; el alma recibe bienes del cielo por la nada de sí misma que ofrece. Con verdad debo decir: *Soy amado por Ti, infinito Amor.*

Las almas puras y espirituales se entregan sin

medida a la vida de oración ; su mayor deleite es permanecer a solas con Dios y nunca separarse de El. Verdaderamente son siervos del más alto y más regalado servicio y se ven enriquecidos con tesoros del cielo y recreados con la más íntima alegría y más esplendorosa luz. Dios dice al alma: *Te daré a Ti todos los tesoros escondidos y las riquezas recónditas, para que sepas que yo soy el Señor* (4).

Estas almas espirituales no viven en el cielo, pero abrazadas y gustando el sabor de la cruz saben que viven en Dios y que el Señor las envuelve y las llena y que está más íntimamente en ellas que su alma en su propio cuerpo. Saben que el Señor es el cielo verdadero, invisible hasta que reciban la luz de la gloria después de la muerte.

No aspiran ni pueden aspirar a compañía más noble ni más sabia ni más poderosa de la que tienen, ni pueden soñar conocimiento o luz mayor; porque su trato y su amistad es con el Creador de todas las cosas y el cariño con que aman y son amadas es el mismo que han de tener en el cielo, aunque aquí todavía no es glorioso por impedirlo el cuerpo, ni seguro mientras vivan en la tierra. Se miran aquí como desterradas de la gloria; pero saben que están y viven en Dios, gustando de mirarse a solas con El, que las está amando y ellas le aman.

En el gozo del cielo recibirán, en delicadísima fruición, el infinito amor de Dios y estarán en no interrumpida alabanza; y mientras están en la ora-

ción, en su vida terrenal, reciben este mismo, amor y esta misma compañía, pero en la misma oscuridad de la fe y en la prueba purificadora y meritoria de dolorosa cruz para mayor desarrollo del amor y más alto premio en la eternidad.

Vivir en Dios y en su amor es mayor grandeza en su realidad, aunque no en sus manifestaciones y efectos sensibles, que vivir en el cielo donde están los bienaventurados. De la claridad y dicha de ese cielo creado a lo infinito de Dios hay infinita distancia. El cielo, con todas sus hermosuras, armonías y paz, es cielo porque Dios le llena y le ha creado para comunicar en él su bienaventuranza a los que salvó. Y me enseña la fe y la teología que el mismo Dios está también en mi alma y me llena de su gracia, pero aún a oscuras, y convierte mi alma en cielo sin sus gozos y dicha.

La oración, como la gracia, aunque de muy distinto modo, es participación y principio de vida eterna, donde Dios se comunica; pero las luces de gloria y de felicidad todavía no iluminan al alma, ni la hace el Señor sentir sus gozos, El alma en la oración está en Dios y vive en su amor, pero no en la fruición y en el goce, sino en la purificación y en la esperanza y algunas veces en atisbos fugaces como alborear de inmortalidad.

Aun así nada hay tan hermoso ni tan enaltecedor como la oración, ni tan deseado por el alma ya determinada a ser de Dios; nada que tanto ilumine, ni le-

vante tanto en perfección, porque es ejercicio de amor divino, donde se recibirá fortaleza y sabiduría para estimar y practicar las virtudes. Dios en ese tiempo mira de un modo especial al alma y el alma se ofrece rendida a su servicio. Es propio del amor escudriñar la intimidad del amado y tender a su perfecta posesión con todas sus cualidades y riquezas, que, tratándose de Dios, son Dios mismo.

La vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, ya Jesucristo, a quien Tú enviaste (5). La vida eterna es goce eterno de eterno amor. El alma creyente sabe por la fe que vive en Dios y que la oración es ejercicio de amor, y sabe también que está participando de la vida eterna y creciendo en amor, aunque a través de la oscuridad de la fe y de la esperanza. Vive en Dios y está comunicándose con El. Todas las demás verdades son oscuridad comparadas con ésta, toda la sabiduría de los mortales es total ignorancia comparada con ésta y toda la grandeza de la tierra es absolutamente nada ante Dios. En la oración, el alma trata directamente con la misma hermosura, con la misma grandeza y con la misma sabiduría infinitas.

¿Cómo es posible que sea triste ni oscura la vida Que se desenvuelve en la misma presencia de Dios y en el trato íntimo con El? No era triste, sino muy llena de luz y de una alegría que no conocen las gentes del mundo, aquella vida con sabor de vida eterna, que tan largos años -quizás el más prolongado aisla-

miento voluntario que se ha vivido sobre la tierra- gozó muy a solas con Dios, San Pablo, el primer ermitaño, viviendo en el desierto y recibiendo tales luces del cielo, que transformaban aquella soledad en paraíso. Cuando el Abad San Antonio llegó a la puertecita de su cueva, implorando que le abriese, salió sonriente y le llamó por su nombre, aunque nunca le había visto ni le conocía. Hablaron los dos del Señor y mutuamente se comunican sus maravillas con una sabiduría, una luz y un gozo superior a todo el conocimiento de los hombres. Los dos habían experimentado verdades y bellezas inefables comunicadas por el Espíritu Santo, sólo accesibles a los ángeles, como siglos más tarde Santa Escolástica y San Benito, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, quedando transportados y fuera de sí al recordarlas.

Dios, aun en las fuertes pruebas de oscuridad e incertidumbre, por las cuales hace pasar al alma, irradia de Sí resplandores divinos, que al mismo tiempo que esclarecen las almas, las adornan y enseñan con ciencia muy superior a cuantas disquisiciones sobre la verdad pudieran comunicar los entendimientos de los sabios más eminentes. Son verdades comunicadas por el mismo Dios y ponen tanta luz y tanto cielo en el alma, que San Juan de la Cruz dijo de ellas que con sólo un momento que se vean, superaran a cuanto puede naturalmente concebirse y llenan de tan gozoso contento

que a vida eterna sabe
y toda deuda paga,

«porque en el sabor de vida eterna que aquí gusta siente la retribución de los trabajos que ha pasado para venir a este estado, en el cual no sólo se siente pagada y satisfecha lo justo, pero con grande exceso premiada de manera que entiende bien la verdad de la promesa del esposo en el Evangelio que daría ciento por uno» (6); antes de recibir este conocimiento parecían los trabajos muchos y grandes; después de recibido se ve que no tienen proporción con el bien ganado.

Los rayos que de Dios emanan son de luz penetrantísima y encienden y abrasan a las almas con mayores deseos de amar, sin que puedan impedirlo las tentaciones con que, por divina Providencia, se vea el alma atormentada. Al contrario, las tentaciones y oscuridades, al mismo tiempo que purifican al alma, acrecientan en ella las más vehementes ansias hacia el dador de todos esos bienes.

Si necesariamente todos desean su último fin, según recordábamos con Santo Tomás, ¿cómo podrían no desear la felicidad infinita cuantos han recibido algún conocimiento sobrenatural y extraordinario de su inconcebible hermosura? Habiendo recibido especial luz de que la verdad eterna excede a toda capacidad de entender, y sabiendo que en el momento de la muerte empieza el nuevo y altísimo

conocer y gozar, ¿cómo no recibir la muerte con júbilo? Todo cristiano sabe estas verdades con la certeza de la fe, pero sin el brillo de la luz divina.

La ciencia humana, con toda su fascinadora penetración, es menos cierta que la fe oscura. Podrá el cristiano tener tentaciones, podrá momentáneamente sentirse como alejado de la verdad y hermosura de Dios y como amortecida su esperanza en las promesas; pero sabe con certeza que Dios, infinito, perfectísimo, inmenso y simplicísimo, está en su alma, y si vive en gracia, aunque no lo sienta, el Señor está amándola con su infinito amor, y si sobreviene la tentación, sabe que Dios la convierte en mayor virtud, y el desconsuelo, en la más firme y heroica esperanza, y lo que se presenta como mal, es grandísimo bien; sabe que Dios no se aleja de ella por la tentación, sino que en ella presta mayor ayuda y de este modo la prueba la hace sentir más intenso deseo de unión con su Creador.

Ver a Dios excede a cuanto se puede soñar ni concebir; y no es posible quepa en entendimiento alguno creado, mucho menos en el del hombre. Después de la muerte, para alcanzar a verle, necesita el alma *la luz de la gloria* que la levanta en capacidad de entender. La visión de Dios, he dicho y repetiré por ser verdad primerísima, es la gloria esencial. Dios es tan infinitamente perfecto en toda perfección, que su mismo entendimiento infinito no puede concebir nada más perfecto que su propio ser, ni cualidad